11427

Un drama de familia

17

UN DRAMA DE FAMILIA.

Drama en tres actos

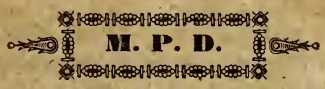
ARREGLADO Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

DON JOSE MARIA DE LARREA.

Representado con aplauso en el teatro del Príncipe el dia 26 de Setiembre de 1860.

Este drama fué aprobado para su representacion por el Censor de los teatros del Reino con fecha 22 de Setiembre de 1860.



MADRID.

IMPRENTA DE DON CIPRIANO LOPEZ.
Cava-baja, n.º 19, bajo.
Setiembre 1860.

PERSONAS.	ACTORES.
AMELIA.	*Doña Adela Alvarez.*
JULIETA..	*Doña Concepcion Marin.*
LA BARONESA.	*Doña Balbina Valverde.*
EL GENERAL.	*Don José Calvo.*
LEONCIO.	*Don Juan Casañé.*
FEDERICO.	*Don Manuel Mendez.*
DON CELESTINO. . . .	*Don Manuel Pastrana.*
ANTONIO.	*Don José Alisedo.*

La accion tiene lugar en una casa de campo en las inmediaciones de Cartagena, á la orilla del mar.

Este drama pertenece á la Galería Dramática, que comprende los teatros moderno, antiguo español y estrangero, y es propiedad en el todo de su editor *Don Manuel Pedro Delgado*, quien perseguirá ante la ley, para que se le apliquen las penas que marca la misma, al que sin su permiso le reimprima ó represente en algun teatro del Reino, ó en los Liceos y demás Sociedades sostenidas por suscricion de los Socios, con arreglo á la ley de 10 de Junio de 1847, y decreto Orgánico de teatros de 28 de Julio de 1852.

ACTO PRIMERO.

Jardin: á la izquierda del actor la casa: á la derecha un cenador, en cuyo centro hay un velador rodeado de sillas rústicas: al fondo una verja.

ESCENA PRIMERA.

AMELIA. JULIETA. EL GENERAL. LEONCIO.

(*Están sentados en torno al velador y toman café.*)

General. (*A Leoncio.*) Vete á descansar, hijo mio: despues de un viaje de cien leguas, no hay nada tan grato como algunas horas de sueño en un blando lecho. Estas señoras te dispensarán.

Leoncio. No estoy cansado; al contrario, nunca me he sentido mas ágil, mas alegre que hoy. Un viaje, por largo que sea, no fatiga cuando tiene por término la dulce perspectiva del hogar doméstico, que yo tengo la dicha de encontrar mas risueño, mas hermoso y mas jóven que á mi partida, como que refleja la juventud, la hermosura y la sonrisa de esta señora.

Amelia. Gracias!

General. (*Ap. á Amelia.*) (Eh! Cómo he educado yo á este muchacho.)

Leoncio. Aquí, entre usted y mi padre, Julieta y Federico, voy á ser muy feliz sin duda. Veamos cómo pasan ustedes la vida... Se caza, se pesca, hay mesa de villar, hay vecinos sociables? En qué pasan ustedes el dia?

General. Desde luego, yo me levanto temprano...

669432

Amelia. Costumbre militar esclusivamente suya; pero cada uno se levanta á la hora que mejor le parece. A las once almorzamos, comemos á las cinco; y hasta esta hora libertad completa. Julieta toca el piano, yo pinto, el general lée los periódicos... usted podrá, pues, cazar, pescar, leer ó escribir sin que nadie se lo estorbe. De modo que solo pediremos á usted que nos consagre las primeras horas de la noche. Será demasiado?

Leoncio. Demasiado... poco.

Amelia.. Otro cumplimiento?

General. (Cuando digo que he sido yo quien le ha educado...)

Leoncio. Y no tienen ustedes visitas?

Amelia. Algunas: la baronesa de Albaflor, antigua amiga de mi madre, y un primo suyo, son los que casi no se separan de nosotros.

Leoncio. Y qué casta de pájaro es el primo?

General. (*Levantándose.*) Hum! Don Celestino? Una especie de Rabadan, que hace unos versos...

Amelia. Esta es casi nuestra única sociedad, y no me pesa. Esta soledad me agrada, y tambien á mi esposo y á Julieta: vivimos en familia, sin cuidarnos de los ruidos del mundo, arrullados por el murmullo de las olas, que besan las murallas de Cartagena.

Julieta. Pero quizá Leoncio echará aquí de menos la sociedad, los placeres...

Leoncio. Los echa usted de menos, Julieta?

Julieta. Oh! no.

Leoncio. Pues yo tampoco.

Julieta. De veras?

Leoncio. Lo juro... por esos ojos. (*Con ternura.*)

General. Muy bien, hijos mios, no se me ha olvidado que os amais desde niños; os casaremos, eh?

Julieta. Oh! (*Bajando los ojos.*)

Leoncio. Pero nadie me habla de Federico, mi mejor amigo, el hermano de Julieta. Qué hace aquí?

Amelia. (*Con embarazo.*) Oh! yo no sé...

Leoncio. Pero ha abandonado sus enfermos?

General. Sin duda: y soy yo quien le ha obligado á ello. El salvó la vida de mi esposa, y desde entonces, mi querido Leoncio, tu amigo y su hermana forman par-

te de mi familia. Él se dedica aquí al estudio, porque quiere hacer oposicion á una cátedra en la facultad de medicina.

Leoncio. Mucho me alegraré de que la obtenga; pero quisiera abrazarle...

Julieta. Salió esta mañana temprano...

Amelia. (Oh! si se hubiera marchado...)

General. Pero oigo el galope de un caballo... Páran... Él es. (*Mirando por la verja del fondo.*)

Amelia. (Dios mio!)

ESCENA II.

FEDERICO. — DICHOS.

Leoncio. Un abrazo, amigo mio!

Federico. (*Abrazándole.*) Leoncio... No te esperábamos tan pronto. (Un testigo mas!) Buenos dias, general... (*A Amelia.*) Señora.... (*A Julieta.*) Adios, hermana mia...

Julieta. (Federico, soy muy dichosa! Despues de dos años...)

Federico. (Le has vuelto á ver...)

Julieta. (Y es siempre el mismo!)

Leoncio. (*A Federico.*) Pero sabes que te encuentro pálido...

Federico. Sí: el estudio...

Leoncio. Y me alegro mucho de que hayas venido á vivir con nosotros. Pero es preciso que nunca nos abandones. Yo me caso, tú te casas, y todos casados vivimos aquí felices y tranquilos...

Federico. Estás loco?

Leoncio. Por qué? Mi proyecto es muy razonable. No es verdad, señora? (*A Amelia.*)

Amelia. (*Con embarazo.*) Sin duda... Este caballero debe...

General. (*Tomando el brazo de su hijo y paseando.*) Sí, sí: es preciso casar á este buen doctor...

Federico. (Nunca, mientras usted viva. (*A Amelia en voz baja.*)

Amelia. (*Lo mismo.*) (Por qué no ha partido usted, como me lo habia prometido?)

Federico. (Porque no puedo vivir lejos de usted.)

Amelia. (Usted quiere perderme!)

General. (*Riendo.*) Qué es eso, doctor? Está usted galanteando á mi mujer?

Federico. Tal vez!

Amelia. (Qué audacia!) Julieta, tenemos que salir.

Julieta. Es verdad, lo habia olvidado.

Leoncio. Y ¿adónde bueno, sino es indiscrecion...

General. A socorrer á todos los pobres de las cercanías que la bendicen, porque es un ángel para ellos, como lo es para mí. Ven, querida Amelia: hoy quiero unir mi limosna á la tuya. Mi hijo ha vuelto, soy dichoso; es preciso que todos lo sean en este pais.

Leoncio. Padre mio!

General. (*Estrechándole la mano.*) Vuelvo pronto: espérame aquí. (*Saludos mútuos: el General, Amelia y Julieta entran en la casa.*)

ESCENA III.

LEONCIO. FEDERICO.

Leoncio. (*Encendiendo un cigarro.*) Has visto nunca un hombre mas honrado que mi padre, y que á sus años conserve tan jóvenes la cabeza y el corazon?

Federico. Ciertamente que no. (*Sentándose distraido.*)

Leoncio. A fé mia, que está mas jóven que yo.

Federico. Empiezas tú ya acaso á envejecer?

Leoncio. Dios me libre!... Al contrario: hoy que he vuelto á ver mi padre, á Julieta y á tí, me creo un muchacho en vacaciones... No quisiera que llegáran á saberlo en el regimiento; pero te aseguro que me dán ganas de correr tras las mariposas.

Federico. Qué tontería!

Leoncio. Tontería? Nunca es tontería el ser feliz... Pero hablemos de tí. Estás contento? Tienes amores? Sigues siendo aficionado al buen vino? No fumas?

Federico. (*Levantándose.*) Ah! El dia de tu partida fumé el último cigarro, y apuré la postrer botella.

Leoncio. Hombre! me asustas. Con efecto: en dos años que han pasado sin vernos, estás desconocido: hay en toda tu persona un aire de tristeza, de gravedad...

Federico. (*Dominándose.*) No hagas caso: la gravedad del médico...

Leoncio. Tú que eras tan alegre, tan calavera...

Federico. Qué quieres!... Hay tiempo para todo: primero las locuras, los placeres; despues el trabajo, la ambicion...

Leoncio. Eres ambicioso?

Federico. Sí tal: y á pesar de mis esfuerzos, el término adónde quiero llegar huye siempre delante de mí. Tengo inteligencia y energía; pero esto no basta. Para llegar á él es preciso haberse despojado de todas las debilidades humanas; imponer silencio á su corazon, á su juventud; ser frio, sereno, dueño siempre de sí; en una palabra, no ser ya hombre, y yo lo soy todavía. Sí: mis pasiones me arrastran y me dominan, perdiéndose mi vida, mi trabajo y mi carrera entre estas luchas incesantes.

Leoncio. Mi querido Federico, perdona si te digo que no comprendo por qué te quejas. Sin ser rico, puedes vivir decorosamente; no te faltan buenas relaciones; ocupas un puesto distinguido en la facultad; tienes un gran porvenir, y puedes en el seno de mi familia esperar tranquilamente á que la fortuna te envíe la dote de alguna jóven y bella heredera.

Federico. Casarme. Nunca!

Leoncio. Por qué no?... Pues á fé mia que esa felicidad doméstica que tú desdeñas, es ahora mi sueño; y... de tu hermana Julieta es de quien quiero recibir esa dicha.

Federico. La amas todavía?

Leoncio. Mas que nunca!

Federico. Hablándome de Julieta haces vibrar la cuerda mas sensible de mi corazon: al darte su mano, es un tesoro el que te confio, porque es una criatura noble y amante. Los dos sois dignos el uno del otro; espero que sereis felices.

Leoncio. Y yo espero que te hará cambiar de ideas el espectáculo de mi felicidad y de la de mi padre, porque mi padre me ha parecido muy dichoso. No estoy descontento de mi madrastra.

Federico. Oh! es un ángel!

Leoncio. Los pocos momentos que he pasado á su lado han bastado para disipar todos mis temores.

Federico. Tus temores?

Leoncio. Cuando se casó mi padre estaba yo ausente...

Federico. Y bien?

Leoncio. El matrimonio es una cosa harto grave, y mi padre me parecia demasiado anciano para casarse con una jóven. Por fortuna mi nueva madre lleva impreso en la frente un sello de candor que no puede engañar, y espero que la vejez de mi padre sea honrada y tranquila.

ESCENA IV.

AMELIA. JULIETA. EL GENERAL. — DICHOS.

General. Estas señoras están ya prontas... Doctor, tiene usted la amabilidad de darlas el brazo?

Federico. Con mucho gusto, general.

Amelia. Qué! no vienes tú con nosotros?

General. Pensé acompañarte; pero ante todo necesito hablar á mi hijo.

Amelia. Siendo así... Hasta luego.

Leoncio. (*Bajo á Julieta.*) Vuelve pronto: aquí te espero.

Amelia. Sí: adios. (*Federico, Amelia y Julieta salen por el fondo.*)

ESCENA V.

LEONCIO. EL GENERAL.

General. Hénos aquí solos, por fin.

Leoncio. (*Sentándose junto al velador.*) Escucho á usted con la mayor atencion.

General. Sabes, hijo mio, que estoy casi turbado delante de tí? (*Permaneciendo en pie.*)

Leoncio. Turbado! Por qué?

General. Te agrada mi mujer?

Leoncio. Mucho.

General. De veras?

Leoncio. Palabra de honor.

General. Tanto mejor. Temia que no aprobáras mi matrimonio.

Leoncio. Cómo ha podido usted pensar... Todo lo que usted hace está bien hecho, padre mio. Además, no habiendo yo conocido á mi madre, el lugar en que usted ha

colocado á su nueva esposa estaba para mí vacío de recuerdos. Todo lo que deseo es que pueda hacerle á usted dichoso.

General. Gracias, Leoncio: me quitas un gran peso del corazon. Por lo demás, este casamiento se ha efectuado de la manera mas sencilla del mundo: ya conoces que no estoy en la edad de las novelas. Habias partido con tu regimiento y la casa me parecia desierta; estaba solo, aburrido, triste. Una noche encontré á Amelia en una tertulia, y habiendo hablado con ella por casualidad, su candidez y su juicio me encantaron. No viendo cerca de ella ningun rival, me atreví á pedírsela á su familia: Amelia cedió sin resistencia, y un mes despues era mi mujer. Desde aquel dia me parece que tengo veinte años menos sobre el corazon.

Leoncio. (*Levantándose.*) Es cierto: la salud y la alegría están pintadas en ese respetable rostro.

General. (*Sentándose.*) Hablemos ahora de tí: quieres decididamente dejar la carrera?

Leoncio. Sí, padre mio: el tédio de las guarniciones me aburre, y no habiendo guerra... Además, soy un poco envidioso, y quiero disfrutar una dicha semejante á la que usted disfruta.

General. Es decir que quieres casarte con Julieta.

Leoncio. Si usted no se opone...

General. No por cierto: sigue los impulsos de tu corazon. Julieta no es rica; pero tú lo eres por los dos. (*Levantándose.*) Solo siento que te quedes en el grado de capitan. En fin, sea como mas te agrade.

Leoncio. Si usted me lo permite, iré á arreglarme un poco, mientras vuelven las señoras.

General. Vé con Dios, hijo mio. (*Leoncio entra en la casa.*)

ESCENA VI.

ANTONIO.—EL GENERAL.

General. (*Sacando un cigarro.*) Antonio; fuego.

Antonio. (*Dándosele.*) Qué guapo viene el señorito! Qué bien le sienta el uniforme!

General. No le llevará mucho, porque deja el servicio.

Antonio. Hum! Tan pronto?... Yo serví cuarenta años,

y cuando me retiré era ya cabo primero... Hice una calaverada en dejar así la carrera.

General. Pero le tendremos aquí con nosotros, porque se casa.

Antonio. Hace mal, muy mal!

General. En dejar el servicio, sí; pero en casarse, no.

Antonio. Quién sabe!

General. Cómo que quién sabe?

Antonio. Mi general, las mujeres son como las plazas fuertes: vale mas sitiarlas que defenderlas; porque casi siempre se las toma por asalto mas ó menos pronto, segun las murallas.

General. Mil bombas! Vaya una metáfora! Segun eso, á tu parecer, yo he hecho mal en casarme?

Antonio. No digo eso... pero... yo hubiera continuado viudo.

General. Acaso no te agrada mi esposa, gaznápiro? Cómo? Te callas!

Antonio. Mi general, qué quiere usted que le diga?

General. Que es un ángel, estúpido...

Antonio. Lo será; pero como nunca falta algun demonio; y como todas las mujeres se parecen mas ó menos á su abuela Eva, que...

General. Véte al infierno con tus comparaciones! (*Tirándole á la cara el cigarro.*) Me aburre este animal! (*Vase.*)

ESCENA VII.

LEONCIO.—ANTONIO.

Antonio. (*Recogiendo el cigarro que ha tirado el general.*) Lástima de habano... (*Fumando.*) Lástima!...

Leoncio. Y mi padre?

Antonio. Se ha marchado, tirándome el cigarro á las narices.

Leoncio. Pues por qué le has enfadado...

Antonio. Porque le he dicho que Eva... En fin, yo me entiendo. (*Recogiendo el servicio de café.*)

Leoncio. Pues yo no te entiendo una palabra.

Antonio. Mi capitan, esté usted tranquilo: el viejo Antonio vela, y á la primer señal de alarma...

Leoncio. Te has vuelto loco?

Antonio. Tengo buenos ojos todavía, y...
Leoncio. Pero...
Antonio. Hace treinta años que cómo el pan del general, y me interesa tanto como á usted el honor de la familia.
Leoncio. El honor?... Qué dices?
Antonio. No he querido decírselo al general mas claro; pero ese don Federico, no me pasa de aquí...
Leoncio. Pero por qué?
Antonio. Nada: descuide usted, yo velo. (*Marchándose.*)
Leoncio. Pero esplícate...
Antonio. Nada: yo velo: centinela; alerta! (*Vase.*)

ESCENA VIII.

JULIETA.—LEONCIO.

Leoncio. Qué enigma es este? Por Dios que me ha puesto en cuidado... Qué querrá decir?... Pero Julieta...
Julieta. (*Entrando.*) Me he adelantado á la generala y á mi hermano para verte mas pronto.
Leoncio. Eso es muy lisonjero para mí, alma mia! Quieres que hablemos de nuestro amor?
Julieta. Oh, sí! Tenemos tanto que decirnos, despues de dos años...
Leoncio. Sentémonos aquí, bajo este cenador.
Julieta. Y mientras hablamos, me ayudarás á hacer un ramillete con todas estas flores que he cogido.
Leoncio. Convenido; aunque si me vieran mis camaradas del regimiento me harian pasar por las baquetas de una silba. Un capitan de ingenieros construyendo ramilletes!
Julieta. Por mí no lo harás?
Leoncio. Haré cuanto tú quieras. (*Se sientan debajo del cenador y hablan en voz baja, sin ver á Federico y Amelia hasta cuando lo indica el diálogo.*)

ESCENA IX.

AMELIA. FEDERICO.—DICHOS.

Federico. Es que yo no podré nunca olvidar este amor!

Amelia. Silencio, silencio por Dios! (*A media voz toda la escena.*)

Federico. Nadie nos oye...

Amelia. En nombre del cielo! Federico, si es verdad que usted me ha querido, si me quiere todavía, no me pierda usted!... Sálveme usted de mí misma.

Federico. Ingrata! Tuvo usted compasion de mí cuando se casó, sin querer volver á verme, sin darme lugar de justificarme?

Amelia. Yo cedí á las persuasiones de mi familia, y cedí porque el ruido de sus locuras de usted habia llegado hasta mí, porque creí que usted no me amaba.

Federico. Fatal error que nos ha separado para siempre! Pero no: no estamos separados, pues que Dios ha querido que volvamos á encontrarnos; yo mas amante que nunca; tú, Amelia, en los brazos de un anciano sexagenario, á quien no puedes querer, y á quien yo detesto.

Amelia. Caballero! Ese anciano á quien usted ultraja es mi marido, un hombre que solo ve por mis ojos, que realiza mis menores deseos, que merece mi estimacion y mi cariño. Y no estará demás recordarle que ese mismo anciano ha sido para usted un protector generoso, y casi un padre para Julieta.

Federico. Amelia, yo la amo á usted con pasion, y todo se lo sacrifico; mi carrera, mi porvenir, mis esperanzas! Qué me importa que mi vida se deslice inútil y perdida, si la paso cerca de usted? Oh! en nombre de aquel amor que usted me juraba... Una palabra de esperanza!

Amelia. Oh! nunca! Se levantan entre nosotros como una barrera insuperable las honrosas canas del general. No ve usted que una palabra imprudente, una mirada puede amargar con una sospecha horrible el alma de un hombre honrado? Parta usted, yo se lo suplico, porque ahora tenemos un testigo mas, Leoncio.

Leoncio. (*En el cenador.*) Me parece que han pronunciado mi nombre. (*Escuchando.*) Ah! son tu hermano y mi nueva madre.

Federico. Partir es un sacrificio superior á mis fuerzas; mi amor me lo impide...

Amelia. Pues en nombre de ese amor, yo lo exijo!
Leoncio. (Qué escucho, Dios mio!) (*Dejando caer las flores que tenia en la mano.*)
Julieta. Qué haces? Tiras mis flores al suelo?
Leoncio. (*Ap.*) (En nombre de ese amor yo lo exijo!)

ESCENA X.

EL GENERAL. LA BARONESA. DON CELESTINO. DICHOS.

General. Aquí están todos. (*Julieta y Leoncio salen del pabellon.*)
Baronesa. Querida mia! (*Abrazando á Amelia.*) Buenos dias, Julieta... (*Besándola.*) General, dónde está ese hijo pródigo que vuelve á la casa paterna?
General. Este es mi hijo Leoncio, señora. (*A Leoncio.*) La señora baronesa de Albaflor...
Leoncio. (*Saludando.*) Tengo un placer...
Baronesa. Caballero!... (*Al general.*) No es mal mozo... Pero está pálido como un muerto.
General. Es verdad!... Leoncio, hijo mio, estás malo?
Leoncio. (*Esforzándose por sonreir.*) Yo? No por cierto.
Baronesa. (*A Amelia.*) No parece que tiene el carácter muy jovial.
Amelia. Hace un instante que se mostraba tan contento...
Baronesa. Pero tú tambien estás pálida... Doctor, estamos en el pais de los difuntos?
Federico. (*Distraido,*) Qué decia usted, señora?
Baronesa. (Pues señor, es admirable la alegría que reina en esta casa.) Ah! me olvidaba de presentar á este caballero mi primo don Celestino, poeta bucólico, rival de Teócrito y de Virgilio.
Leoncio. Ah! este caballero es poeta? Nada hay tan apreciable como los versos...
General. Sí, los buenos versos.
Celestino. (*A Leoncio.*) Caballero, yo me he quemado las cejas toda mi vida estudiando á Bion, á Moscho, á Teócrito, á Virgilio, á Fontenelle, al Tasso, al Guarini, al Sannazaro, al bachiller Francisco de la Torre, á Gaspar Polo, á Luis Barahona de Soto, al príncipe de Esquilache, á Cristóbal de Figueroa, y por último á

los nunca bien ponderados en este género Balbuena y Garcilaso. Y habiéndome convencido, despues de prolijas investigaciones, de que el no estar en moda la poesía pastoril consiste solo en la monotonía que resulta de emplear siempre un mismo metro, he querido ser su regenerador, variando únicamente la forma, como podrá usted ver en una coleccion de Idilios que he publicado, y se llama: *La Arcadia del siglo XIX.* Usted no los habrá leido?

Leoncio. No he tenido el gusto... (El hombre es postema!)

Celestino. Pues para muestra...

Baroresa. Sí: díganos usted algunos versos... Aquellos á Filis... Ante todo han de saber ustedes que esa Filis soy yo...

Julieta. (Qué tienes, Leoncio?) (*A él en voz baja.*)

Leoncio. (Nada.)

Celestino. Dejen ustedes que me acuerde... Ah! sí... Así comienzan: Idilio ciento treinta y siete: A Filis.

Cuando la oveja,
baja la oreja,
con su pareja
por la verde cañada triscando va...

General. (Hum! Peste!)

Celestino. (*Continuando.*)

Filis, bella pastora,
que en la frondosa orilla del padre Tajo mora;
mil perlas llora
porque el que adora
va ahora
corriendo
huyendo
del hato,
ingrato
cual gato,
que el inconstante no la ama ya.

Baronesa. Eh? Soberbio!

Leoncio. Ciertamente que...

General. (Peste!) Son unos versos... Balbuena no hubiera sido capaz de hacerlos... (Ni Comella, ni Rabadan.) Espero que se quedarán ustedes á comer con nosotros?

Baronesa. Con mucho gusto.

General. Qué tienes, Amelia? Quieres que demos un paseo antes de comer?

Amelia. Como tú quieras.

General. Ea, pues: el brazo á las señoras.

Celestino. (*Dando el brazo á Julieta.*) Señorita... Tambien los pastores eran galantes. Vamos á parecer Fílida y Nemoroso!

Baronesa. Primo!

Celestino. Son recuerdos bucólicos.

Baronesa. A bien que este caballero será mi pastor. (*Tomando el brazo de Federico.*)

Federico. (Esto me faltaba!)

General. (*A Amelia.*) Tú conmigo...

Amelia. Sí; siempre contigo: nunca me falte el apoyo de tu brazo!

Leoncio. (*Quedándose distraido detrás de todos.*) (En nombre de ese amor yo lo exijo! Pobre padre mio!)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Un salon elegante.—En el fondo tres puertas que dán paso al jardin por medio de una balaustrada adornada con flores y macetas.—La puerta de entrada á la derecha del actor, en segundo término; otras dos á la izquierda. Arañas y bugías encendidas.

ESCENA PRIMERA.

DON CELESTINO. FEDERICO.

Celestino. Estoy encantado! Un baile campestre! oh delicia! Están iluminando el jardin: bailaremos bajo los árboles, á la faz del cielo, como en la Arcadia! Solo siento si me coge mi prima, porque mi prima baila todavía! Ha leido usted alguna égloga en que la pastora no fuese jóven y bella? No, eh? Yo tampoco, y vea usted por qué no me agrada mi prima.

Federico. (Oh! necesito hablar con Amelia...)

Celestino. La pastorcita que me encanta es su hermana de usted, Julieta... Caballero, el zagal mas enamorado de estas cercanías tiene el honor de pedir á usted su mano.

Federico. Cómo?

Celestino. Yo no soy rico; pero tengo un gran porvenir. Soy jóven, y mi carácter es tan pacífico que nunca me incomodo por nada: con decirle á usted que me divierto sobremanera cuando algun desvergonzado me dice en mis barbas que son malos mis versos...

Federico. Pues es estraño...

Celestino. Nunca me he divertido mas que cuando se representó en Madrid una comedia mia, titulada *La*

zampoña de Bato. Yo estaba con la baronesa en un palco de proscenio... Figúrese usted que levantan el telon...

Federico. (*Haciendo ademan de marcharse.*) Si usted me permite...

Celestino. (*Asiéndose á su brazo.*) Levantan el telon, y desde los primeros versos comienza á sentirse entre el público un rumor estraño... De repente empiezan á silbar por todos los ángulos del teatro, en las lunetas, en las galerías, hasta en los bastidores... Era el espectáculo mas divertido!...

Federico. (*Procurando desprenderse de don Celestino.*) Sí: debia ser muy agradable, pero...

Celestino. Habia, sobre todo, un señor muy grueso, que se revolvia en su butaca como un furioso, sudando la gota tan gorda... «El autor es un asno, decia, que nos dén las orejas del autor!» La baronesa se desesperaba, yo me reía!...

Federico. Lo creo... Pero me esperan, y...

Celestino. Lo mas estraño es que la silba empezó en el mejor verso de la comedia... Voy á ver si me acuerdo...

Federico. (*Soltándose.*) Recuérdele usted mientras vuelvo...

Celestino. Caramba! se me ha olvidado... (*Siguiendo á Federico.*) Es preciso que yo le recuerde...

Federico. (*Marchándose.*) Luego, mas tarde...

Celestino. No: ahora mismo... Maldita memoria!... (*Corriendo tras de Federico.*) Pero oiga usted, hombre, oiga usted...

ESCENA II.

EL GENERAL. AMELIA. ANTONIO, *por otra puerta.*

Antonio. Ya está el jardin iluminado, y la orquesta en el bosquecillo de los tilos.

General. Pues que empiece el baile. Abre las puertas, y que entre todo el mundo. Cuida de que no falten refrescos: quiero que todos se alegren con la venida de mi hijo.

Antonio. No, no faltarán todos los zánganos del lugar,

como hoy es domingo... Cuánto mejor hubiera sido hace tres dias, cuando llegó el señorito...

General. He querido que todos puedan disfrutar de mi fiesta.

Antonio. (*Bajo al general.*) Mi general, tengo que hablar á usted...

General. Alguna tontería... Luego; véte á cuidar ahora que nada falte...

Amelia. (Este criado tiene siempre la vista fija en mí; me asusta...)

General. Qué tienes, hija mia, estás triste?

Amelia. Yo triste? No lo creas! (Qué tormento!)

General. Estás delicada, cuídate mucho: tu salud es muy preciosa para mí, que respiro porque tú respiras, que vivo porque tú vives... Qué sientes, di?

Amelia. Nada: un poco de jaqueca...

General. Ahora te distraerás en el baile... Baila mucho, sí, baila con todo el mundo. Yo gozo viéndote girar ligera como una pluma, y lo único que siento es tener treinta años en cada pierna, que si no... Vaya, siéntate aquí. Te enviaré á nuestro buen amigo Federico que te pulse...

Amelia. Federico?... No, no.

General. Sí, sí; hé ahí por qué no quiero que se separe de nosotros: es preciso que esté siempre á tu lado, para cuidarte.

Amelia. (El mismo!... Dios mio!...)

Antonio. (Cuando digo que está ciego...) (*Al general.*) Mi general, es preciso que hablemos...

General. Mil legiones de... Aun estás aquí, majadero? Vé á hacer lo que te he mandado...

Antonio. Pero si...

General. Véte, digo...

Antonio. (No, pues yo he de hablarle...) (*Vase por el foro derecha.*)

General. Voy á recibir á esas buenas gentes... (*Besando la mano á Amelia.*) Adios, hija mia! Espera aquí al doctor.

ESCENA III.

AMELIA. *Despues* FEDERICO.

Amelia. Oh! todas esas muestras de ternura me parten el alma! Cuánto me ama, y yo... ingrata!... Pero, Federico fué mi primer amor; sus locuras, sus ingratitudes me ofendieron y me casé en un momento de despecho... Ah! Desgraciada la mujer que lucha con su deber y con su amor!

Federico. Gracias á Dios (*Entrando.*) que he podido escaparme de ese hombre fastidioso. Ah! Amelia...

Amelia. Veo que mis súplicas no sirven para usted de nada. Esta noche se ha empeñado usted en que le hablára desde las ventanas que dán al jardin, y cuando usted se retiraba, vi entre los árboles una sombra, que me pareció...

Federico. Quién?

Amelia. Leoncio.

Federico. Imposible. Sería Antonio, que rondaria segun su costumbre. Además, el aposento de Julieta está tan cerca, que no sería estraño que Leoncio, á fuer de enamorado, hubiera ido á suspirar bajo sus ventanas.

Amelia. No sé; pero todo me asusta. Me dijo usted que le dejára estar tres dias mas á mi lado, y que luego partiria. Hoy cumplen los tres dias, los mismos que hace que Leoncio llegó, y no sé por qué imagino que nos observa. Ah! usted quiere labrar la desgracia de toda mi vida! (*Deja caer el ramo que tiene en la mano.*) Ah! mi ramillete...

Federico. (*Recogiéndole.*) Qué yo conservaré toda mi vida, como un recuerdo de tu crueldad, Amelia...

Amelia. Oh! no, Federico; vuélvame usted ese ramo: mi marido, la baronesa, todos le han visto en mi mano, y si ahora le vieran en la de usted...

Federico. Yo le guardaré...

Amelia. Federico, por favor...

Federico. Nunca...

Amelia. Ah! silencio... Leoncio...

ESCENA IV.

LEONCIO. — DICHOS. — *Despues* DON CELESTINO.

Leoncio. (Juntos siempre!)
Amelia. Echábamos á usted de menos, Leoncio.
Leoncio. Gracias, señora. Vengo de la ciudad.
Amelia. Voy á dar órden de que le sirvan á usted un refresco.
Leoncio. Gracias, no tengo sed.
Federico. Estás malo?
Leoncio. No.
Federico. (Qué frialdad!)
Celestino. (*Entrando.*) Demonio de verso! Cuidado que es mucho cuento no acordarme... Ah! señora, el general pregunta por usted... Qué fiesta tan deliciosa... Los aldeanos, las aldeanas... La música bajo los árboles, solo me desagradan los violines... Si yo tuviera aquí un rabel...
Amelia. Voy á buscar á mi esposo...
Celestino. Oh! bellísima cordera... Permítame usted que la sirva de borreguito.
Amelia. (Siento dejarlos juntos.) (*Vanse hácia el jardin.*)

ESCENA V.

LEONCIO. FEDERICO.

Federico. (*Sentándose.*) (Serenidad!)
Leoncio. (*Se sienta al otro lado, despues se levanta, pasea arriba y abajo, parándose por último de repente delante de Federico.*) Federico!
Federico. Indudablemente estás malo. Qué diablos tienes?
Leoncio. Deja si gustas ese tono de broma, que aquí no es oportuno: lo que tengo que decirte es mas grave. Tú me hablaste hace tres dias de tu porvenir, de tus luchas; me dijiste que eras ambicioso...
Federico. Y bien?
Leoncio. Yo he encontrado un medio de satisfacer tu ambicion.

Federico. (*Levantándose.*) Cómo!

Leoncio. Vengo de la ciudad. Hay en el puerto una fragata francesa que se hace á la vela esta misma noche para formar parte de la espedicion de Siria. Un escelente médico que llevaba á bordo para ocupar el destino de físico mayor en la escuadra francesa, ha muerto ayer de un ataque de apoplegía. Yo he hablado de tí al capitan, que es amigo mío, y él te recomendará al almirante. Quiéres partir?

Federico. Partir!

Leoncio. Sí: esta espedicion me parece á propósito para tu ambicion y tus esperanzas.

Federico. Yo te doy gracias por tus buenos deseos; pero no puedo aceptar... Tengo otras ideas, otros proyectos... Además, no puedo dejar á Julieta sola...

Leoncio. Mi familia será la suya.

Federico. Por lo mismo que vas muy pronto á casarte con ella...

Leoncio. (*Ojeando un album.*) Quién sabe...

Federico. Qué dices?

Leoncio. Quién puede responder de mañana? Quién sabe si alguna terrible desgracia vendrá á destruir nuestras esperanzas?

Federico. Qué sombríos presentimientos! (*Silencio.*)

Leoncio. Yo te lo suplico, Federico, acepta...

Federico. Imposible. Te ocupas demasiado de mis negocios...

Leoncio. Es decir que rehusas?

Federico. Sí.

Leoncio. (*Procurando aparentar indiferencia.*) Como gustes: tanto peor para tí... Quizá hicieras fortuna... En cuanto á tu hermana, hablaremos mas tarde...

Federico. Pero...

Leoncio. Creo que ese ramo que tienes en la mano es el de mi madre, y como sin duda te has olvidado de devolvérsele, yo me encargo de hacerlo por tí. (*Le quita el ramo.*)

Federico. (Todo lo sabe.) Nos separamos buenos amigos? (*Tendiéndole la mano.*)

Leoncio. Como quieras. (*Sentándose junto á una mesa sin mirarle.*) Adios.

Federico. (Aunque á todos nos cueste la vida, no me separo de ella.)

ESCENA VI.

LEONCIO. *Despues* LA BARONESA Y JULIETA.

Leoncio. Ah! no quiere marcharse! Será preciso que yo le mate... Y Julieta, su hermana, á quien amo como un loco... Perdida para siempre!... (*Quédase pensativo sin ver quien entra.*)

Baronesa. (*Entrando con Julieta.*) Sí, hija mia, no trate usted de negármelo. Lo que la tiene á usted triste es la conducta de ese calavera de Leoncio. Apenas se ocupa de usted, apenas la mira, está siempre preocupado... Algun otro amorcillo... Los hombres son mónstruos de ingratitud: ahí está mi primo Celestino, que me plantó el año pasado por una lugareña, y aunque despues me pidió perdon...

Julieta. Pero si Leoncio estuvo el primer dia mas amante que nunca...

Baronesa. Entonces se ha enamorado aquí...

Julieta. Imposible. Aquí no ha visto mas mujeres que usted y su madrastra.

Baronesa. Pues ó de su madrastra, ó de mí... De mí, quizá... Oh! pues que pierda la esperanza. Pero, aquí está...

Leoncio. (Este ramillete... Quizá ella misma se le ha dejado tomar... No quiero volvérsele, está manchado por las manos de ese hombre. (*Le arroja con ira.*)

Baronesa. Y tira al suelo un ramillete!... (*Recogiéndole.*) Yo he visto este ramo en alguna otra parte...

Leoncio. (*Viéndola.*) Julieta...

Julieta. Quizá incomoda mi presencia, y voy...

Leoncio. Incomodarme á mí tu presencia, Julieta mia!... (*Estrechándola la mano.*) Pobre niña!

Julieta. Niña, sí; pero aunque niña, todo lo he comprendido, todo lo he adivinado. (*Llorando.*) Sí, Leoncio, he comprendido que has olvidado tus juramentos de otro tiempo, he adivinado que piensas ya en otros amores!

Leoncio Crees que merezco yo esas acusaciones?

Julieta. Acusaciones? No... Yo no te acuso, Leoncio.
Leoncio. Oh! sí, me acusas, y mas que tus palabras me acusan tus ojos bañados en lágrimas, lágrimas que me desgarran el corazon!... Porque te amo, Julieta, te amo mas que nunca! No me crees?
Julieta. Sí, te creo! (*Con profunda conviccion.*)
Baronesa. (Ah! qué tonta!).
Leoncio. Y si algun dia te digo que un obstáculo invencible nos separa, me creerás tambien?
Julieta. Sí, te creeré... Pero el llanto me ahoga... Adios, Leoncio... (*Vase llorando.*)
Leoncio. Julieta!... Ah! estoy desesperado!

ESCENA VII.

LA BARONESA. LEONCIO.

Baronesa. Es una crueldad! Una infamia! Engañar así á esa pobre niña!
Leoncio. Señora!
Baronesa. Ah! los hombres! Es usted un pérfido, caballero.
Leoncio. Señora!
Baronesa. Un cocodrilo!
Leoncio. Baronesa! (Pero á qué hago caso yo de esta vieja loca... Es preciso que yo hable á mi madrastra... Imposible... Delante de todo el mundo... La escribiré pidiéndola una entrevista.)
Baronesa. Se ha quedado usted confundido, eh?
Leoncio. Señora, á los pies de usted. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

DON CELESTINO. — LA BARONESA. — *Despues* EL GENERAL.

Baronesa. Huye de mí: luego no es de mí de quien está enamorado... Grosero!... Oh! este ramo, si yo pudiera recordar dónde he visto este ramo...
Celestino. Maldito verso!.. Nada, por mas que hago no recuerdo...
Baronesa. Ah! mi primo...
Celestino La baronesa...

Baronesa. Me alegro mucho de que llegues tan á tiempo.

Celestino. Yo tambien celebro infinito el encontrarte.

Baronesa. Quizá tú sepas...

Celestino. Acaso tú recuerdes... (*Hablando los dos á un tiempo.*)

Baronesa. A quién pertenece este ramo?

Celestino. Cómo era aquel verso de mi comedia...

Baronesa. Hablando los dos á un tiempo no nos entenderémos nunca.

Celestino. Es verdad: hablemos como en las églogas: primero el pastor y luego el poeta... Es decir...

Caronesa. Digo que si conoces este ramillete...

Celestino. A ver? Sí: la generala le llevaba en la mano no hace mucho.

General. (*Apareciendo en la puerta del foro.*) (El ramo de mi mujer. Le habrá perdido.)

Baronesa. Ah! sí: tienes razon!

Celestino. Pero dime si te acuerdas del verso...

Baronesa. Déjame en paz! He descubierto un gran misterio! Leoncio, el hijo del general, es un mónstruo!

General. (*Que se adelantaba y se detiene sin ser visto.*) (Cómo! Mi hijo...)

Baronesa. Ya sabes que iba á casarse con Julieta; pues bien, ya no la quiere, la desprecia, la rechaza, y la pobre criatura se ha marchado de aquí anegada en lágrimas!...

Celestino. Oh! qué buen asunto para un idilio en versos sáficos!..

Baronesa. Y sabes por qué? Porque está enamorado de otra!

General. (Será cierto?...)

Baronesa. Y de quién? Adivina... Adivina!

Celestino. De tí tal vez? Entonces corro...

Baronesa. A desafiarle?

Celestino. No... (A cederle todos mis derechos.)

Baronesa. No es de mí, tranquilízate. Eso creí yo al principio; pero este ramo me lo ha revelado todo...

General. (Estoy en ascuas...)

Baronesa. Leoncio le tenía en la mano, hacia mil estremos, y acabó por arrojarle con rabia... Y sabes por qué? Porque está enamorado de su madrastra!

General. (Oh!)

Celestino. El general... Silencio!...
General. Señora... (Qué iba yo á decir? Prudencia!) Señora, no quiere usted tomar un helado? Los están sirviendo allá abajo...
Celestino. Oh! sí. Baronesa, vamos á tomar un sorbete...
Baronesa. Para mí, de fresa...
Celestino. Para mí, de melocoton. General, su baile me encanta!
General. Yo tambien estoy... muy divertido.
Baronesa. (*Marchándose.*) Nada sabe... (*Bajo á Celestino.*)
Celestino. Ay del pastor que deja
junto al lobo la oveja... (*Vanse.*)

ESCENA IX.

ANTONIO. — EL GENERAL.

General. Esa vieja está loca sin duda... (*Tomando el ramo que la baronesa ha dejado sobre un velador.*) Pero este ramo es el de Amelia, sí... Cómo estaba en poder de Leoncio?... Se le habrá ella dado?... Imposible!
Antonio. Mi general, si usted me escucha dos palabras...
General. Mira, no estoy de humor ahora.
Antonio. (Voto á... Rompo la disciplina.) Anoche rondaba yo por el jardin como de costumbre, cuando...
General. (*Paseando muy de prisa.*) Véte al infierno!
Antonio. Cuando veo un hombre... (*Siguiéndole.*)
General. Calla te digo!..
Antonio. Un hombre bajo las ventanas de la señora.
General. (*Parándose.*) De mi mujer?
Antonio. (*Parándose tambien.*) (Gracias á Dios.) Corro á darle el quién vive, pero como tuve que dar un rodeo para no pisar el cuadro de violetas, de que tanto gusta la señora...
General. Haberlo arrasado todo!... Como en campaña...
Antonio. Pues como digo, llegué tarde: ya no habia nadie...
General. Ni has podido reconocer?...
Antonio. Pero esta mañana, en el propio sitio, en-

contré sobre la arena esta cartera, que debió caerse al mismo que...

General. Venga, venga... (*La coge.*) Ahora sabremos... (Pero yo estoy loco... Delante de un criado...) Has tenido un buen hallazgo á fé mia. (*Con risa forzada.*)

Antonio. Por qué?

General. Porque esta cartera, es mia: la perdí yo anoche...

Antonio. De usted?... (*Con acento de duda.*)

General. Vaya, véte, y déjame en paz.

Antonio. (He sido un tonto en no abrirla... Apostaria cualquier cosa á que es del médico.) (*Vase.*)

ESCENA X.

EL GENERAL.

(*Apenas Antonio desaparece abre la cartera con ansiedad.*)

Veamos... Ah! era él!.. Leoncio!.. Mi hijo! (*Cae en un sillon con la cabeza entre las manos.*)

ESCENA XI.

FEDERICO. — EL GENERAL.

General. Doctor! (*Levantándose al verle entrar.*)

Federico. General!

General. Usted es el amigo de la casa, el mio, yo le he tratado siempre como á un hijo... Quiero ahora pedirle un consejo.

Federico. Un consejo?

General. Sí; uno de los séres que yo mas amaba en el mundo ha burlado mi confianza, y ha condenado mi vida á un dolor eterno.

Federico. Qué quiere usted decir?

General. Este hombre se ha introducido en mi casa para robarme mi mujer.

Federico. General! (Todo lo sabe.)

General. Este hombre, que me debia á lo menos respeto, quiere arrojar el deshonor sobre mi frente encanecida en cien batallas!

Federico. General...
General. Este hombre... es mi hijo!
Federico. Cómo... (Dios mio!)
General. Sí, doctor: y ahora, qué debo yo hacer?...
Federico. Pero... yo, no puedo... Ante todo, está usted seguro?
General. Sí: no ha observado usted en los tres que hace que está aquí Leoncio su repentino cambio de conducta con Julieta, su frialdad, su reserva para con los demás?... Ahora mismo lo decia aquí la baronesa, y quizá lo sabe ya todo el mundo!
Federico. (Será verdad, y por eso tenia tanto empeño en alejarme?...)
General. Además, tengo otras pruebas: este ramo arrojado con despecho por tierra...
Federico. (Ah!)
General. Esta cartera de Leoncio perdida bajo las ventanas de mi mujer...
Federico. (Era él el de esta noche: Amelia tenia razon.)
General. Usted calla? Veo que tambien está convencido...
Federico. No: al contrario, sino que...
General. Qué debo hacer?
Federico. Pero, por Dios, general... (Qué suplicio!)
General. Yo no encuentro mas que un medio. Amelia es jóven, bella, y mi hijo está enamorado... Es preciso separarlos.
Federico. Arrojar á Leoncio de la casa paterna!
General. Quiero creer que no son culpables; pero, quién me responde del corazon de dos jóvenes que estén siempre el uno al lado del otro? El partido que quiero tomar, no es el mas prudente?
Federico. Yo en su lugar de usted vacilaria, esperaria aun antes de dar un escándalo...
General. Y entre tanto la baronesa y su primo participarán á todos sus sospechas, y mi deshonor correrá de boca en boca... Tendré una entrevista con mi hijo y nos esplicarémos.
Federico. (Si Leoncio habla de mí, estoy perdido.)
General. Mi mujer ignorará siempre el motivo de su partida: no quiero turbar su reposo, ni incurrir á mi edad en el ridículo de los celos. Pero sufro cruelmen-

te, doctor. Separarme de mi hijo, de mi Leoncio! Ah!... Vuelve usted la cabeza, le enternece mi pena... Gracias.

Federico. (Oh! soy un miserable!) (*Retirando vivamente la mano que el general estrechaba entre las suyas.*) Adios, general.

General. Se va usted?

Federico. Veo venir á Leoncio...

General. Es verdad. Déjenos usted solos.

Federico. (Qué va á pasar aquí?... No me alejaré.) (*Federico y Leoncio se encuentran en el umbral de la puerta, y se miran en silencio.*)

ESCENA XII.

LEONCIO. — EL GENERAL.

General. (*Se sienta y le hace seña de que se acerque.*) Leoncio!

Leoncio. (*Guardando una carta que traía en la mano.*) Padre mio...

General. (Guarda una carta!) (*Le hace seña de que se siente.*) Leoncio, tú sabes cuánto te he querido siempre, y con qué solicitud he velado sobre tu infancia y sobre tu juventud.

Leoncio. Sí señor.

General. Y que he sido para tí mas bien un amigo que un padre.

Leoncio. Es verdad!

General. Has tenido en alguna ocasion queja de mí?

Leoncio. Nunca!

General. Te han faltado alguna vez mi indulgencia ó mi ternura?

Leoncio. Nunca!

General. Desde tu vuelta, he sido tan buen padre para tí como antes de tu partida?

Leoncio. Lo mismo... Pero esas preguntas...

General. (*Levantándose.*) Pues bien: si yo he llenado mis deberes para con mi hijo, mi hijo á su vez ha cumplido los suyos para conmigo?

Leoncio. Cómo!

General. Escucha, Leoncio: estás muy cambiado de tres dias á esta parte.

Leoncio. Yo?

General. Sí, tú: me harás el favor de decirme lo que tienes? (*Leoncio calla.*) No amas ya á Julieta?

Leoncio. Siempre.

General. Pues bien; entonces, cuándo te casas con ella?

Leoncio. Tenemos aun tiempo de pensar en eso, padre mio.

General. No me gustan las dilaciones. Si ha de ser, mañana mismo.

Leoncio. Señor, esperemos aun...

General. Por qué?

Leoncio. Porque... En una palabra, porque no puedo casarme todavía.

General. (Ah! no quiere casarse.) Pero sepamos la causa.

Leoncio. Perdone usted: no puedo decírsela.

General. Esta bien: no quiero penetrar tus secretos. (*Leoncio va á salir.*) Una palabra... Conoces esta cartera?

Leoncio. Sí: es mia.

General. La han encontrado esta noche bajo las ventanes de Amelia. Es allí donde tú la habias perdido?

Leoncio. Sí señor.

General. Y qué debo yo pensar de esto, á tu parecer?

Leoncio. Nada que me deshonre!

General. Pero tu presencia allí, á semejante hora, es, por lo menos, muy... muy estraña! Me esplicarás el motivo...

Leoncio. No señor.

General. Dice usted que no? Ah! Bien hace usted en bajar la cabeza y guardar silencio, porque qué podria usted decir para justificarse, á menos de mentir cobarmente!

Leoncio. Padre!

General. Ni una palabra mas!

Leoncio. Juro á usted que...

General. Ni una palabra, digo! Miserable, eres mi rival, no es esto?

Leoncio. Yo!... Oh! escúcheme usted, padre mio, porque esa sospecha horrorosa me ofende, me mata! Yo, su rival? Lo ha podido usted creer un solo instante! Qué

prueba esta cartera? Que la he perdido paseando por el jardin, eso es todo. En cuanto á Julieta, no puedo tener otras razones para no quererme casar ahora con ella?... Pero veo que usted no me cree... Dios mio, qué puedo yo decir á usted para quitarle del corazon esa horrible idea?

General. Qué puedes decirme, preguntas? Pues bien; dime para quién es esa carta que traías en la mano al entrar aquí.

Leoncio. Esta carta... (*Sacándola turbado.*) (Fatal casualidad!)

General. (*Arrancándosela.*) Sí; esa carta!

Leoncio. Padre mio!

General. (*Leyendo.*) «Señora, es preciso que yo hable con usted algunos momentos esta misma noche. Su reposo de usted, el de mi padre, el mio, dependen de esta entrevista...» Para qué leer mas! (*Rompiendo la carta.*)

Leoncio. Pero, padre mio, si yo esplicára á usted...

General. Es inútil! No está bien claro? Tú no puedes permanecer mas en esta casa; saldrás de ella mañana.

Leoncio. Padre mio, ya que es preciso sepa usted...

General. Saldrás mañana, digo. Si fuera otro mi rival... le mataría, y... á ella quizá tambien! Pero á tí...

Leoncio. (Ah! qué iba yo á decir... Callemos y suframos!) Partiré... arrojado por usted de su casa!

General. Arrojado! No eres tú, desdichado, quien lo ha querido?

Leoncio. Bien está. Adios, padre mio! (*Marchándose.*)

General. (Me falta el valor!) Leoncio!...

Leoncio. Padre! (*Volviendo.*)

General. Nada... (*Luchando consigo mismo.*)

Leoncio. Bien está; me iré...

General. Adios! (*Tendiéndole sin mirarle una mano, que Leoncio estrecha entre las suyas.*) No te vayas sin despedirte de mí! (*Se aleja precipitadamente, procurando ocultar sus lágrimas.*)

ESCENA XIII.

LEONCIO.

Leoncio. Sí, partiré; partiré de la casa paterna; pero no puedo dejar en ella á quien se propone deshonrarla. Yo enamorado de la esposa de mi padre! Oh! me ha sido preciso callar, porque si él hubiera sabido que era el otro, su cólera no hubiera conocido límites... Pero quién ha podido deslizar esa horrible sospecha en el corazon de mi padre?... (*Viendo entrar á Federico.*) Ah! este hombre estaba con él cuando yo llegué!

ESCENA XIV.

FEDERICO. — LEONCIO.

Federico. Leoncio...
Leoncio. Ah! es usted!
Federico. Tu padre te ha dicho?...
Leoncio. Sí, todo!... Pero me estraña que le haya elegido á usted por su confidente!—Yo tambien quiero pedirle á usted un consejo. Yo tenia un amigo que ha venido á mi casa para traer á ella la desgracia, un amigo que, rompiendo todos los lazos de la amistad y del reconocimiento, ha herido con el mismo golpe la vida de mi padre y la mia. Qué debo yo hacer con él? Responda usted!
Federico. Leoncio!
Leoncio. Debo matarle, no es verdad? Pero esto, bastará para devolverme la tranquilidad que disfrutaba, la confianza de mi padre, el cariño de Julieta, que me ama y morirá de pesar?
Federico. Oh! calla, calla...
Leoncio. No callaré!... Eres el ángel malo de Amelia, el asesino de mi padre, el verdugo de tu hermana... Y sentiré que mueras dignamente de un balazo en el pecho, porque debias morir como un infame, como un cobarde!
Federico. Leoncio!... El sitio, la hora...
Leoncio. En la puerta del jardin al rayar el dia.
Federico. Sea.

ESCENA XV.

DON CELESTINO. — DICHOS.

Celestino. Ah! ya encontré ese diablo de verso... Óigale usted. (*A Federico.*)
Federico. Déjeme usted: qué impertinencia!
Celestino. Usted verá, caballero Leoncio...
Leoncio. Don Celestino, no estoy para bromas!...
Federico. (*En la puerta de la derecha.*) Al rayar el dia!
Leoncio. (*En la de la izquierda.*) Al rayar el dia! (*Vanse.*)
Celestino. Qué diablos les pasa? Corro á decir el verso á la baronesa.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Habitacion de Amelia. En el fondo la puerta de entrada: á la izquierda otras dos, de las cuales la primera es la de la alcoba, y la segunda la de un gabinete sin salida: á la derecha una ventana baja que dá al jardin. Muebles elegantes.

ESCENA PRIMERA.

AMELIA. LA BARONESA. DON CELESTINO.

(*Al levantarse el telon se oye la música y el ruido de los que bailan en el jardin. Un momento despues entra Amelia sostenida por la Baronesa y don Celestino.*)

Baronesa. Poquito á poco... Así... Coloquémosla en esta butaca...

Celestino. Ah! el sol ha estado á punto de eclipsarse!

Amelia. Gracias, amigos mios... Ya estoy mejor... No ha sido nada... Un vahido, sin duda...

Celestino. Pues, el ruido de la orquesta... Si el general lo hubiera consultado conmigo, yo hubiera hecho que tocáran albogues, rabeles y caramillos... (*Calla la música.*)

Baronesa. Ya hemos hecho avisar al médico, y...

Amelia. Federico! Ah, no, que no venga... Ya estoy buena; pueden ustedes volver al baile... Voy á echarme un momento sobre mi lecho: no necesito mas que un poco de reposo... Ah! (*Viendo entrar á Federico.*)

ESCENA II.

FEDERICO. — DICHOS.

Federico. (*Se dirige en silencio á Amelia y la pulsa.*) En efecto, esta señora solo necesita un poco de descanso. Baronesa, si usted quisiera tranquilizar al general, y decirle que esto no es nada...

Baronesa. Con mucho gusto...

Federico. Don Celestino, en cuanto se ha difundido la noticia de que esta señora se hallaba indispuesta, se ha suspendido el baile; puede usted decir que continúen: el ruido no la incomoda.

Celestino. Corro... (*A Federico.*) Pero quiere usted escuchar antes aquel verso que...

Federico. Caballero!

Celestino. Es verdad: el momento no es oportuno. Prima, oye tú aquel verso fatal de mi comedia...

Baronesa. Déjame en paz! No me hables de eso! Cuando me acuerdo de aquella silba! Envidias, enemigos!...

Celestino. Qué! Si habia yo regalado medio teatro. (*Vanse.*)

ESCENA III.

AMELIA. FEDERICO.

Federico. Por fin nos dejarán solos algunos minutos, y...

Amelia. Oh! por favor, déjeme usted, se lo suplico!

Federico. Mas cálma, Amelia, mas calma!

Amelia. Oh! no: váyase usted.

Federico. Es preciso que usted me escuche!

Amelia. Pues bien, sea! Pero tambien es necesario que usted me oiga á mí! Tambien es necesario que usted sepa todo lo que mi corazon sufre! Cuando volvimos á encontrarnos, el recuerdo de aquel primer amor conmovió mi corazon á pesar mio, lo confieso. Usted me juró que se contentaria con mi amistad, y por eso permití que el general le abriera á usted las puertas de su casa. Pero despues se ha atrevido usted á hablarme de ese amor que es ya imposible; se ha atrevido usted á decirme que una mujer podia hacer traicion á

sus juramentos, faltar á la fé prometida, engañar á un marido confiado y bueno, sin renunciar para siempre á los dulces goces del hogar doméstico, al respeto del mundo, á su dignidad propia! Me ha mentido usted, porque desde que usted ha vuelto, yo, que nada tengo que echarme en cara, no hago mas, sin embargo, que llorar y sufrir!...

Federico. Amelia!... Amelia!

Amelia. Sí; ahora mismo, en medio de esa multitud gozosa, yo sola imaginaba desgracias. No sé si es que el miedo me abultaba las cosas; pero me pareció que una sombría desesperacion velaba la frente de mi esposo, la de usted, la de Leoncio... Me acerco á este, y le digo procurando sonreirme: Está usted triste, Leoncio? Qué es preciso hacer para devolver á usted su alegría?—«Que Federico salga mañana de esta casa,» me contestó lanzándome una severa mirada, y apartándose de mí, porque nos miraba su padre. Entonces, ante la acusacion del que es casi mi hijo, me sentí agoviada, como si hubiera sido culpable, se me turbó la vista, y sin el auxilio de la baronesa hubiera caido en tierra... Es decir que Leoncio...

Federico. Leoncio lo sabe todo; pero hasta ahora no ha dicho nada; mas bien ha querido dejarse acusar.

Amelia. Acusar?

Federico. El general le cree enamorado de usted.

Amelia. Él! Su hijo!

Federico. Una cartera encontrada bajo esa ventana, su ramo de usted, su frialdad con Julieta, todo parece confirmar las sospechas del general.

Amelia. Gran Dios!

Federico. Leoncio no dirá nada tal vez; pero si el general la pregunta á usted, acaso dentro de un momento, qué dirá usted?

Amelia. La verdad!

Federico. Y si él no la cree? Entre su hijo y usted no se atreverá á sospechar una falta que sería un crímen horrible; pero al saber que soy yo su rival, al saber que nos amábamos antes de su casamiento...

Amelia. Me creerá culpable y me matará?... Bien: que me mate!

Federico. Eso es lo que yo no quiero, Amelia, porque

te amo como te amaba en aquel tiempo feliz cuando tú tambien me amabas...

Amelia. (Dame fuerzas, Dios mio!)

Federico. Amelia, es preciso huir.

Amelia. Huir!

Federico. Sí; juntos los dos... Antes de que la fiesta se acabe podemos dejar esta quinta, sin que nadie lo note... El mar está á dos pasos, y una fragata francesa va á hacerse á la vela antes de una hora. Aquí te espera quizá la muerte, allí mi amor, Amelia!

Amelia. Oh! nunca, nunca!

Federico. Pues bien, ya que es preciso, sábelo todo: al amanecer me bato con Leoncio.

Amelia. Un duelo!... Oh!

Federico. Un duelo, sí; y cualquiera que sea su resultado, tendrá para tí consecuencias funestas, porque si muero yo, no queda de tu inocencia ningun testigo, y si muere Leoncio, el general te creerá mas culpable todavía.

Amelia. Oh Dios mio! Dios mio!

Federico. Es verdad que si partimos juntos, Leoncio no me encontrará en el sitio convenido... Pero qué importa? Tu salvacion antes que mi honor! oh! decidete, huyamos.

Amelia. Imposible! Imposible!

Federico. Silencio; mi hermana. Volveré dentro de media hora.—No hay cuidado; ya está mejor. (*A Julieta que entra.*) (Espérame, Amelia.) (*Vase.*)

ESCENA IV.

JULIETA. AMELIA.

Julieta. Me habian dicho que estaba usted mala, y venia...

Amelia. (Oh! ese duelo sería horrible!) Ah! eres tú, Julieta... Dispénsame, hija mia... olvidaba que estabas ahí...

Julieta. Sufre usted mucho?

Amelia. Oh! mucho!... Es decir, no: ya estoy mejor... Ves? Me río. (*Estrechándola las manos.*) Gracias por tu cuidado.

Julieta. Pero sus manos de usted abrasan!

Amelia. No es nada...

Julieta. Y tiene usted los ojos bañados en lágrimas!

Amelia. (*Enjugándose los ojos.*) No: te engañas... Por qué habia yo de llorar?... Vamos, siéntate aquí... Te has divertido mucho? No te he visto bailar, y eso que don Celestino te hacia la corte... Cuidado! mira que es muy peligroso un poeta... Pero qué tienes? Estás triste?

Julieta. Quisiera que usted, que es tan buena para mí, hablára á mi hermano...

Amelia. Para qué?

Julieta. Para que me lleve mañana á un convento.

Amelia. (*Levantándose con Julieta.*) A un convento! No quieres ya á Leoncio?

Julieta. Mas que nunca. (*Llorando.*) Ah! si no puedo ser suya, es porque un obstáculo invencible nos separa... Él mismo me lo ha dicho...

Amelia. (Ah! comprendo!) Pobre niña! Enjuga tus lágrimas... (Es preciso que yo vea á Leoncio, que yo le hable... Él me cree culpable tal vez...) Mira, vuelve al baile, busca á Leoncio, y dile que yo quiero hablarle al momento, que le espero aquí...

Julieta. Oh! sí; procure usted saber qué obstáculo es ese, y sobre todo si me ama...

Amelia. Oh! sí; te ama: yo te lo aseguro de antemano, y espero que despues de lo que yo le diga, desaparecerá ese obstáculo.

Julieta. Ah! qué buena es usted!

Amelia. Vé: no tardes... y adios. (*La besa en la frente y entra en su alcoba. Julieta va á salir por el foro, cuando aparece el general.*)

ESCENA V.

EL GENERAL. ANTONIO.— JULIETA.

General. Ah! es usted, Julieta? Y Amelia...

Julieta. Acaba de entrar en su alcoba... Pero tranquilícese usted, dice que ya se siente mejor...

General. Pero usted iba á salir muy de prisa cuando yo

entré aquí... No quiero detenerla: sin duda está usted impaciente por volver al baile...

Julieta. Oh! no!... Pero su esposa de usted me ha dicho que vaya á buscar á Leoncio, que quiere hablarle, y voy...

General. Ah! (*Conteniéndose.*) Muy bien. Vaya usted... (*Vase Julieta.*)

ESCENA VI.

EL GENERAL. ANTONIO.

General. (Ella le espera!...) (*Un momento de silencio; despues se pasea con agitacion.*) Qué significa esta cita? Qué tiene que decirle? Están los dos de inteligencia! (*Sentándose.*) No: imposible! Amelia no puede ser culpable! oh! este último golpe me mataria. (*Silencio.—Se levanta.*) Conoce sin duda la loca pasion de mi hijo, y procura traerle á la razon con prudentes consejos... Otra cosa sería horrible!... (*Acercándose á la alcoba.*) Está de rodillas; reza!... Quizá pide á Dios perdon... oh! yo sería implacable! no perdonaría, no! Desgraciados de ellos si me han hecho traicion! Antonio, mis pistolas...

Antonio. (*Dándoselas.*) Aquí están, señor...

General. Vengan.

Antonio. (Qué tiene?... Apuesto á que sospecha ya del médico...)

General. (Pero si al sentirme se evade...) Mira, ponte de centinela debajo de esa ventana.

Antonio. Está bien, mi general. (Voy á coger mi carabina, y no haya miedo de que se me escape como anoche. (*Vase.*)

General. (*Guardando las pistolas.*) Alguien viene... Él es! Dios mio! tened piedad de ellos y de mí! (*Se oculta en la segunda puerta de la izquierda.*)

ESCENA VII.

LEONCIO. *Despues* AMELIA.

Leoncio. No hay nadie... Estará en su alcoba... Esperemos... Qué querrá decirme?

Amelia. (*Entrando vacilante.*) Ah! es usted...

Leoncio. Señora... (*La sostiene y la conduce al sofá, donde la hace sentarse.*)

Amelia. Leoncio, delante de usted me siento abrumada de pesar, y penetrada de reconocimiento... He llamado á usted para pedirle perdon...

Leoncio. A mí, señora!

Amelia. A usted, sí, que se ha dejado acusar por causa mia; que ha sido tan noble y tan generoso para esta pobre mujer cuyo corazon está hecho pedazos por una lucha espantosa!

Leoncio. Señora, ¿usted sabe...

Amelia. Sé que es usted el mas noble de los hombres... Pero yo no puedo permitir ese sacrificio; no quiero que un padre sospeche de su hijo, no quiero que pese sobre mí semejante remordimiento!... No me responda usted nada... Cómo he de consentir yo que pierda usted por mí el cariño paterno? Aunque fuera á costa de mi vida, es preciso que el general sepa la verdad, y si no la sabe de su boca de usted, la sabrá de la mia. (*Se levanta; Leoncio la detiene.*)

Leoncio. Qué va usted á hacer, señora?

Amelia. No quiero que usted pueda maldecirme algun dia, pensando que se ve separado de su padre por haber yo dejado cobardemente que usted se acusára: no quiero que usted diga: aquella mujer no tenia corazon!

Leoncio. Pero yo quiero conservar la tranquilidad de mi padre, aun á costa de mi propia dicha, y solo pido en recompensa que, suceda lo que quiera, salga Federico para siempre de esta casa.

Amelia. Usted cree que está en ella por mi voluntad? No; todos los dias le suplico que se marche... Pero usted no sabe cómo me asedia ese hombre con los recuerdos del amor que le tuve cuando estaba soltera, con lágrimas, con súplicas, hasta con amenazas! Hace un momento me ha dicho que iban ustedes á batirse...

Leoncio. Ha dicho eso? Miserable!

Amelia. Y el general podrá pedirme cuenta de la sangre de su hijo... Y Julieta, á quien usted ama, y á quien perderá usted despues de ese duelo para siempre...

Ah! Leoncio, Leoncio, por el amor de Julieta, no se bata usted!

Leoncio. Basta, señora; usted me tortura el corazon... Pero no puedo faltar á mi palabra...

Amelia. Por Dios, Leoncio, escriba usted á Federico que no puede asistir á ese desafío... Ahí, en ese gabinete, hay papel y tintero...

Leoncio. Es imposible, señora.

Amelia. Está bien! Pero yo buscaré al general, lo sabrá todo...

Leoncio. Por favor...

Amelia. Oh! no trate usted de detenerme. (*Vase precipitadamente por el foro derecha.*)

ESCENA VIII.

EL GENERAL. — LEONCIO.

Leoncio. (*Viendo aparecer á su padre en el umbral de la segunda puerta izquierda.*) Mi padre! (*El general se aproxima lentamente á su hijo, abriéndole los brazos: los sollozos no le permiten hablar.*) Padre mio, qué tiene usted?

General. Y era á tí á quien yo acusaba, Leoncio, hijo mio! (*Leoncio se arroja en los brazos del general, que le estrecha en ellos llorando.*)

Leoncio. Estaba usted ahí?

General. Si: todo lo he oido... Pero tú me perdonas, no es verdad?

Leoncio. Ah! padre mio!...

General. Bastante castigado estoy: ella no me ama!... Y yo que la amaba tanto, que la amo todavía!... Ah! hijo mio, no quiero ocultarte mi debilidad... Lloro por la primera vez de mi vida! (*Ocultando el rostro en el pecho de su hijo.*)

Leoncio. Oh! Ella es virtuosa, y no faltará nunca á sus deberes...

General. Por qué se casó conmigo, sino podia quererme mas que como á un padre? Yo tambien la queria al principio con un afecto dulce y tranquilo como el que se profesa á un hijo; pero despues me acostumbré á verla á todas horas, á escuchar su voz, á estrechar su

mano... y el árbol decrépito se rejuvenecia al contacto de la jóven yedra, que le enlazaba... Oh, hijo mio, estoy herido de muerte!

Leoncio. Cálmese usted, por Dios!

General. Fatal error! En el mundo se imaginan todos que con el color negro de los cabellos desaparece el fuego de las pasiones, que con el brillo de los ojos se apaga el de la inteligencia, que la fuerza del alma se dobla como la del cuerpo, y no saben que aun cuando los cabellos estén blancos, la mirada fria, embotada la inteligencia, y el cuerpo encorvado bajo el peso de los años, todavía queda en el hombre una cosa que nunce envejece: el corazon!

Leoncio. (Cuánto sufre!)

General. Yo habia concentrado para quererla todas las afecciones de que es capaz el corazon humano: y encontraba en mi amor la ternura de un padre, el respeto de un hijo, el celo de un hermano, la confianza de un amigo, y el delirio del amante mas apasionado.

Leoncio. Ella aprecia su cariño de usted, padre mio... Usted ha oido lo que decia aquí hace un momento...

General. Eso no es amor; es gratitud solamente. Pero quizá álgun dia mi conducta para con ella... Oh! sí; ella me amará.

Leoncio. Quién mas digno que usted?..

General. Pero ese hombre... Es preciso que yo me vengue.

Leoncio. Ya habrá usted oido, padre mio, que debemos batirnos.

General. Sí; mas eso me concierne: la ofensa es mia, no tuya... Yo quiero que tú vivas, Leoncio... Al menos si él me mata, no hará mas que apresurar mi muerte algunos dias.

Leoncio. No, padre mio: yo he provocado á Federico, yo debo batirme. Permitirá usted que puedan echar en cara á su hijo una cobardía?

General. (*Reflexionando.*) Está bien! Sea como tú quiéras. A qué hora es el duelo?

Leoncio. Al rayar el dia.

General. Bueno: déjame solo; quiero hablarla cuando vuelva: búscala, y dila que la espero.

Leoncio. Adios, padre mio!

General. Leoncio, abrázame otra vez. (*Se abrazan. Leoncio se va por el foro derecha.*)

ESCENA IX.

EL GENERAL. — *Despues* FEDERICO.

General. Tú quieres esponer tu vida por mí! No lo consentiré! Si tú te batias con él al amanecer, yo me batiré esta misma noche... (*Federico entra por el foro izquierda sin ver al general, y se dirige rápidamente á la alcoba de Amelia.*) Él es!

Federico. Amelia, Amelia...

General. (*Llegándose á él y asiéndole del brazo.*) Qué viene usted á hacer aquí, caballero?

Federico. (Cielos!...) General, como la señora estaba indispuesta...

General. Venia usted en calidad de médico á ofrecerla generosamente sus servicios?

Federico. Eso es...

General. Nada mas natural en efecto!

Federico. Pero por qué me aprieta usted así el brazo? Qué tiene usted?

General. Qué tengo? (*Con fuerza.*) Tengo intenciones de matarle á usted como á un ladron... Tengo deseos de saltarle á usted la tapa de los sesos. (*Apoyándole en la frente el cañon de una pistola.*) Ah! Palidece usted? Miserable!

Federico. General! (*Apoyándose sobre el sofá.*)

General. Mas bajo, señor mio, mas bajo. (*Con voz sorda.*) Sino le he abrasado á usted ya el cráneo como usted lo merecia, es porque, por mas infame que usted sea, quiero darle el derecho de defenderse. Pero antes quiero que usted sepa todo el odio, todo el desprecio que abriga mi corazon hácia usted; hácia usted, que dejaba pesar mis sospechas sobre la frente de mi hijo, que trataba de deshonrar la casa de su huésped, que hace un instante me estrechaba la mano, y que viene ahora aquí como un bandido para robarme mi honra!

Federico. No le basta á usted matarme sin insultarme de ese modo!

General. No: si me bastára, ya estaría usted tendido á mis pies. Y sabe usted por qué tiembla así delante de mí? No es porque sea cobarde, no; es porque le acusa su conciencia, es porque el amante tiembla siempre delante del marido á quien ofende!

Federico. Yo...

General. No quiero que se bata usted con Leoncio. Es preciso que sea conmigo, y ahora mismo.

Federico. Ahora?—No tenemos armas...

General. Aquí hay dos pistolas...

Federico. Pero... (Qué diré?) usted conoce esas armas y yo no... La ventaja es suya...

General. Está bien; voy á buscar dos espadas, y como usted es mas jóven que yo, y su brazo mas vigoroso, la ventaja no será ya mia. Espéreme usted aquí. Creo que no será usted tan cobarde que se marche antes de que yo vuelva. (*Vase por el foro izquierda.*)

ESCENA X.

FEDERICO. — *Despues* AMELIA.

Federico. Oh! tiene razon!... El amante tiembla á pesar suyo delante del marido honrado!

Amelia. (*Entrando por el foro derecha.*) Dónde está mi marido... Ah! es usted!...

Federico. Su marido de usted acaba de salir de aquí en este momento, lo sabe todo, y ha ido á buscar dos espadas para que nos matemos.

Amelia. Oh! pero eso es horrible, Dios mio!

Federico. Amelia, todo puede evitarse aun: sígueme, un bote nos espera en la playa, y antes de tres minutos estaremos á bordo de la fragata... Mírala, desde esta ventana se distingue... Ves cómo se balancea sobre las olas? Es que se está disponiendo para levar el ancla.

Amelia. Oh! nunca!

Federico. Bien: pues quedate aquí, y bien pronto nos verás al general ó á mí tendidos sobre esa alfombra.

Amelia. Ah no! no!... Federico, huye tú solo, aléjate para siempre de España, y en cambio de este sacrificio tu recuerdo vivirá siempre en mi memoria!

Federico. Ah! tú quieres que yo quede como un infame,

como un cobarde, que huye dejando dos duelos pendientes? Pues bien, sea: pero ven tú conmigo: reputacion por reputacion, honra por honra!

Amelia. Oh! no, no...

Federico. Bien: ya oigo los pasos del general...

Amelia. Oh! véte, véte!

Federico. Ven tú conmigo...

Amelia. No puedo, no puedo!

Federico. Ven...

Amelia. Aléjate en nombre del cielo! No ves que no puedo ya resistir á tus suplicas, no ves que me muero!

Federico. (*Señalando al reloj.*) Van á dar las doce. Si antes de la última campanada no estás junto á la puerta falsa que dá enfrente de esa ventana, me levanto la tapa de los sesos... (*Tomando una de las pistolas que el general ha dejado sobre una mesa.*)

Amelia. Mi marido llega...

Federico. Vendrás?

Amelia. Sí... iré... Pero véte ahora. (*Cae en el sofá.*)

Federico. Por aquí... (*Dirigiéndose á la ventana.*) Hay gente abajo... El general... Ah! En este gabinete... (*Entra por la segunda puerta izquierda sin ser visto de Amelia, que ha caido desmayada sobre el sofá.*)

ESCENA XI.

EL GENERAL. — AMELIA.

General. Ya no está aquí... — Dios mio!... Amelia desmayada... (*Deja las espadas que traía y se acerca á su mujer.*) Desgraciada! No, no quiero verla: ocultándome lo que sentía su corazon, me ha hecho el mas infeliz de los hombres... Pero he de abandonarla en esta situacion...

Amelia. Ay!

General. Ya vuelve.

Amelia. Esto es una horrible pesadilla!... Dónde estoy? Quién está aquí conmigo?... Ah! erés tú?

General. Sí: yo soy. (Qué agitacion!)

Amelia. Oh! he tenido un sueño horrible, espantoso!... El abismo estaba abierto á mis pies... Iba á rodar hasta el fondo; pero tú me sostendrás, no es verdad? Oh! no me dejes, no me dejes!

General. Señora, qué significan esa turbacion, esas palabras... Está usted convulsa!... Me habian dicho, sin embargo, que estaba usted ya mas aliviada de su indisposicion, que ya no sufria...

Amelia. Ah! sí: sufro horriblemente!

General. Sufre usted mucho!... Es usted muy desgraciada?

Amelia. Sí, sí!... Muy desgraciada!

General. Desgraciada porque ha querido usted serlo; porque se ha unido usted á un hombre á quien no podia conceder un lugar en su corazon; porque mientras abraza usted á su marido, piensa usted en otro hombre; porque ese pensamiento es culpable, sí, culpable á los ojos de Dios, por mas que todavía no lo sea á los de la justicia humana.

Amelia. General!

General. Sí: porque la justicia humana solo castiga á la mujer que falta á sus deberes; y á aquella que permanece todavía fiel á ellos, aunque no piense ya en su marido, aunque le robe el tesoro de amor que le debe, se la considera inocente... No, y mil veces no!

Amelia. General, usted me ha acusado, y es preciso que yo me justifique: óigame usted un momento. Yo amé á Federico antes de casarme.

General. Ya lo sé, señora. Pero por qué no habérmelo confesado...

Amelia. Me consideraba separada de él para siempre por estravíos que no podia perdonarle. Apenas conocí á usted, supe apreciarle en lo que valía: el amor reposa sobre la estimacion, y yo estaba segura de que muy pronto llegaría á amar á mi esposo.

General. Ah! yo tambien lo esperaba!

Amelia. Yo me decia á mí misma: los jóvenes son volubles é ingratos, pero en el cariño desinteresado de este noble anciano no habrá nunca mudanza.

General. Oh! nunca la ha habido!

Amelia. Y me consideraba feliz en ser tu mujer, esposo mio, y cuando salía contigo del brazo, levantaba orgullosa la cabeza entre todas las mujeres, pareciéndodome que á tu lado valía yo mas que todas ellas.

Leoncio. Oh! pero entonces...

Amelia. Pero entonces trajiste ese hombre á mi lado.

General. Imprudente de mí!

Amelia. Procuró despertar mis antiguos recuerdos, me asediaba con sus importunidades, y yo luchaba y sufria, sin que tú mismo lo comprendieses. Y no era que yo le amára todavía, no: era que me daba miedo, porque una imprudencia suya podia despertar en tu alma una horrible sospecha, y temblaba por tu tranquilidad y por tu dicha, que es la mia!

General. Conque es cierto que no le amas? Que puedes amarme todavía?

Amelia. Que se aleje ese hombre de nuestro lado, y tú verás que ni la nube mas ligera empaña el claro sol de nuestra dicha.

General. Oh! yo le alejaré, y le alejaré para siempre!

Amelia. Prudencia, prudencia en nombre de mi cariño!

General. Yo le dejé aquí...

Amelia. Sí, aquí estaba... (*Recordando.*) Oh! queria que le siguiera...

General. Miserable!

Amelia. Decia que iba á batirse con Leoncio, contigo; mí razon se estraviaba, y para decidirle á partir, creo que hasta le dije que conservaría siempre su recuerdo... Mi corazon lo desmentía... Perdona, perdona, si con decirlo te he ofendido! (*Cayendo de rodillas.*)

General. (*Enjugándose una lágrima.*) Levanta... (La quiero cada vez mas!) (*En este momento Federico, con una carta en la mano, atraviesa el teatro sin ser visto de los otros dos personages, y se dirige á la ventana.*)

Federico. (Ahora que se cumpla mi destino!) (*Salta por la ventana: el reloj empieza á dar las doce.*)

Amelia. Las doce! (*Como herida de un recuerdo súbito.*) Ah! me dijo que se mataria... (*Acaban de dar las doce; suena un tiro en el jardin*) Ah!

General. Qué es eso?

ESCENA XII.

LEONCIO, *por el foro.* ANTONIO, *por la ventana.*—DICHOS.

Leoncio. Padre mio, esa detonacion!... Qué ha pasado aquí...

General. Un tiro en el jardin...

Antonio. (*Apareciendo por la ventana con una carabina.*) No hay que asustarse, soy yo.

Geñeral. Antonio!

Antonio. El mismo. (*Saltando á la escena.*) Estaba ahí enfrente de centinela, como usted me mandó, cuando de repente veo saltar un hombre por esa ventana. Me echo la carabina á la cara, y pum!... pero fuí tan torpe, que no le dí. Entonces pasó delante de mí corriendo, y me arrojó esta carta diciéndome: para el general. Salió por la puertecilla falsa y desapareció; pero esta vez no me he engañado, era el médico.

Todos. Federico!

Amelia. (Ah!)

General. (*Abriendo la carta*) Veamos... (*Lée.*) «General: huyo como un cobarde; pero es porque he conocido que como usted decia hace un momento, el amante debe huir delante del marido. Juro á la faz del cielo que Amelia es inocente y virtuosa. Sea usted feliz con ella. Yo corro á climas lejanos á buscar una muerte honrosa. Sea usted el padre de Julieta...

Leoncio. Ah! por fin...

Amelia. Parece que me quitan un peso horrible del corazon!

ESCENA ÚLTIMA.

JULIETA. LA BARONESA. DON CELESTINO.—DICHOS.

Baronesa. Ya se han marchado todos; pero nosotros no hemos querido irnos sin saludar á Amelia.

Celestino. Salud, bella pastora... (*Suena un cañonazo.*)

Baronesa. Ay! qué es eso?

Antonio. (*Mirando por la ventana.*) Es la fragata que zarpa, y se aleja con viento de tierra.

General. Julieta, hija mia, su hermano de usted ha partido para un viaje muy largo y la encarga á usted á mi cuidado... Leoncio, tú la harás feliz. (*Uniéndoles las manos.*)

Julieta. Y aquel obstáculo?...

Leoncio. No existe ya...

Baronesa. Pero aquel ramo...

Leoncio. Ah! sí: me le habia dado Julieta.

Julieta. Yo?...

Leoncio. (Calla... Ya te esplicaré...)

Celestino. Conque es decir que don Federico se ha marchado sin escuchar mi verso!

Amelia Esposo mio, no me atrevo á levantar los ojos...

General. Ven á mis brazos... Pero podrás amarme algun dia?

Amelia Te amo desde ahora! Feliz la mujer que reposa con orgullo en los brazos de su marido!

FIN DEL DRAMA.

POLIZA N. 16632